

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SETIEMBRE. N.º 37 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzgamos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco centimos de peseta. Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece. El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de portes.

SUMARIO.

Cultivo de té, por X.—Poesía, Enriqueta Lozano de Vilchez.—Calvario y redención, por id.—Isabel por M. C.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

CULTIVO DEL TÉ.

El árbol cuyas hojas producen esta bebida aromática que la costumbre á hecho indispensable á muchas personas, es indígena de la China y del Japon, únicos países donde se cultiva con un objeto útil. Está siempre verde y se asemeja algo al mirto. Su altura varia entre tres y seis pies; resiste los climas más opuestos, pues se cria igualmente en las cercanías de Canton, donde el calor es algunas veces insoportable aun para los naturales del país, y en las de Pekin donde el invierno es generalmente tan riguroso como en el Norte de la Europa. Pero sobre todo en la provincia de Nankin, cuyo clima goza de un temperamento medio entre los dos extremos de que acabamos de hablar, es donde se coge el té de una calidad verdaderamente superior. La mayor parte del que se lleva á los mercados de Canton y se vende á los europeos, está preparado

por los industriosos habitantes de la provincia de Fokien. Esta planta preciosa, parece próspera mas en los vallados, sobre la pendiente de las colinas espuestas al mediodía y principalmente en las orillas de los ríos ú arroyos.

Giovani Botero, que en 1590 publicó un tratado sobre las causas de la prosperidad de los pueblos, es el primer autor que ha hablado del té sin pronunciar su nombre, pero lo describe tan bien que es imposible equivocarse: «los chinos dice, tienen una planta de la que estraen un jugo delicado que les sirve de bebida, reemplaza al vino y los preserva tambien de todas las enfermedades que causa entre nosotros el uso inmoderado de los licores fermentados.»

El árbol del té se propaga por la simiente.

Abrense á iguales distancias unos agujeros que forman hileras regulares, y en cada uno de ellos se depositan seis y aun doce granos; porque apenas es productiva la quinta parte. Se los riega cuidadosamente hasta que llegan á brotar, y aunque entonces pueden pasarse sin este cuidado, el cultivador inteligente prepara el terreno todos los años y lo limpia de yerbas inútiles.

Algunos viajeros aseguran que el mejor té se cria en las montañas escarpadas en medio de los precipicios, y que no pudiendo los chinos llegar á esos lugares inaccesibles, acostumbran perse-

guir á los monos que los habitan y provocarlos arrojándoles piedras, á fin de que escitados estos animales por tales medios, les lancen en cambio ramas de té. Este cuento ridículo se refuta por sí mismo, pues que se trata de una planta que necesita la industria del hombre para medrar.

La primera cosecha se hace á los tres años; las hojas están entonces en todo su verdor y son muy abundantes: á los siete años el árbol ha llegado ya á toda su altura, y el follage es escaso y correoso: entonces se corta el arbolito por el pié, lo cual produce en el siguiente estío una cosecha fértil de vástagos nuevos; algunas veces, sin embargo, se difiere esta operacion hasta los diez años.

Cójese el té con las precauciones mas minuciosas, cada hoja es arrancada separadamente del tallo, y se exige una escesiva limpieza de los que se ocupan en este trabajo. Existe en el Japon, cerca de una ciudad llamada Utsi, una montaña donde se cree que el té adquiere un sabor mas exquisito, por cuyo motivo se reserva todo para el emperador: un ancho foso rodea aquel lugar privilegiado y prohíbe su entrada á todo el mundo, á escepcion de los guardas. Protegido el arbusto por sus asiduos cuidadores, sufre poco la intemperie de las estaciones, pues hasta se procura que nunca contenga polvo su follage. Algunas semanas antes de la recoleccion, los trabajadores destinados á ella, se alimentan con viandas escogidas, por que se teme la influencia de su álito. Durante esta operacion, sus manos están cubiertas con guantes: y se bañan dos ó tres veces al dia.

Apesar de la lentitud de tales procedimientos, un hombre solo puede coger de diez á quince libras de té en un dia. Se hacen tres ó cuatro cosechas al año, desde fines de febrero hasta el mes de agosto; los productos de la primera son los mas estimados, en China se les llama té imperial: no van á los mercados de Canton, y las últimas cosechas mas ó menos mezcladas son casi las únicas que llegan á Europa.

Están de tal modo divididas las tierras en la China, que el número de haciendas de alguna extension es muy reducido, si es que existe; el propietario y su familia bastan comunmente para el laboreo, y las hojas se venden en el acto á las personas que se encargan de secarlas y de ponerlas en estado de ser remitidas á los mercados de Canton.

Los medicos empleados para la desecacion varían segun la calidad. Algunas veces se contentan con exponerlas bajo un velo á los rayos del sol, removiéndolas frecuentemente; otro método que vamos á explicar, solo se aplica al té verde.

La pieza destinada á este uso contiene de diez á veinte hornillos, en cada uno de los cuales se coloca una vasija de hierro poco profunda. Al otro extremo hay una larga mesa muy baja cubierta de esteras. Cuando las vasijas están calientes á la temperatura conveniente, se echan en ellas algunas libras de hojas recién cogidas; apenas perciben el calor se abren y sueltan parte de su jugo, entonces es preciso menearlas con la mano con suma ligereza hasta que no puedan tocarse sin quemarse los dedos; en seguida las sacan con una especie de cuchara plana y las depositan sobre las esteras, donde los que deben enrollarlas las cogen en pequeñas cantidades y las vuelven en la palma de la mano cuidando de no darlas mas que una sola direccion: otras personas echan aire con unos abanicos, á fin de que, refrezcadas al momento conserven mejor su pliegue. Esta misma operacion se repite tres ó cuatro veces, y mas si es necesario; pero en cada una de ellas las vasijas reciben un calor menos fuerte, y los mismos procedimientos se renuevan con una lentitud y precauciones siempre progresivas. Hubo un tiempo en que se creyó que el té verde se secaba en platos de cobre y que su color era debido á esta circunstancia que hacia al mismo tiempo perjudicial su uso; pero la falsedad de esta opinion está hoy reconocida.

El origen del uso del té en China se pierde en la noche de los tiempos: es universal en todo el imperio y se encuentra en la mas humilde cabaña como en el palacio imperial. El que el pueblo consume es no solamente de una calidad inferior, sino muy floja; porque los naturales del pais aprovechan las hojas ya hervidas, rociándolas con agua fria.

Los chinos toman el té tres veces al dia por lo menos, y las gentes acomodadas, muchas mas. Forman una parte de los sacrificios religiosos. En China se prepara del mismo modo que entre nosotros, pero no se añade ni leche ni azúcar.

He aquí algunos detalles dados por M. Ellis, acerca de una visita hecha por lord Amberst á Kivang, mandarin de una clase elevada: el té que nos sirvieron, dice, es el llamado Yn Tien, que solo se emplea en las grandes ceremonias; es una hojita verde y muy aromática; sobre las tazas de lord Amberst á Kivang pusieron una vasija de plata horadada, á fin de detener al pasar el líquido la mas pequeña partícula de las hojas. Estas tazas se asemejan á las nuestras de café, y se colocan sobre bandejas de madera ó metal que recuerdan los barcos chinos.

En el Japon, donde el té es tambien una bebida comun á todas las clases, se le reduce á polvo

extremadamente fino; se llenan las tazas de agua hirviendo y se echa en cada una de ellas con la punta de un cortaplumas, un poco de este polvo. Se guarda en cajas muy elegantes.

El poco tiempo que ha trascurrido desde la introduccion del té en Inglaterra, puede hacer mirar como un verdadero fenómeno la extension prodigiosa de este ramo de comercio. Dicese que los holandeses introdujeron su uso á principios del siglo XVII; pero no se encuentra ningun vestigio hasta 1650. Diez años despues, un acto del parlamento lo equiparó, como materia imponible, al café y al chocolate. Su uso sin embargo, estaba muy distante de generalizarse aun entre las personas de alto rango. Pypys dice en su diario de 25 de setiembre de 1661.

«Envié á buscar una taza de té, bebida china que jamás habia probado.»

Tres años despues, algunas libras de té no eran consideradas como un presente indigno de un rey; Carlos II, recibió semejante agasajo de la compania de las Indias Orientales, que en 1667 dió por la primera vez orden á sus agentes para que le enviaran cien libras, dicese que las primeras se vendieron á sesenta chelines cada una (300 rs.)

Este comercio no hizo muchos progresos en Inglaterra. Al principios del siglo XVIII la importacion no subió á ochocientas mil libras en los dos primeros años, pues solo era entonces un objeto de lujo reservado á la opulencia: servíase el té en teteras de la mas hermosa porcelana, y se tomaba en tazas tan pequeñas que apenas contenian un par de cucharadas. Es probable que á esta época se refiera la sabida anecdotita de John Bull, que cuenta, que una mujer campesina, al recibir de regalo algunas onzas de té, creyó que era una legumbre extranjera, la hizo hervir mucho tiempo para dejarla muy tierna, en seguida arrojó el agua y logró persuadirse que aquel plato de nuevo género era exelente. En 1831 entraron en Inglaterra 26.043.223 libras de té.

En Francia, el uso del té no se estendió en mucho tiempo fuera de un reducido círculo de casas ricas, de algunos cafés y de los puertos de mar que están habitualmente en relacion con Inglaterra y Holanda. Hoy se cuentan pocas casas de familias acomodadas, no solo en las ciudades, sino hasta en el campo mismo, donde no se use el té, ora como medicina, ora como objeto de consumo, principalmente en las sociedades llamadas *soirées*. En Portugal está tan en voga su uso, que el mayor obsequio que puede recibir un forastero ó extranjero, es una taza de té que se llaman *char*. En los Estados Unidos, las

sociedades de la templanza, que se esfuerzan por arrancar al pueblo de sus hábitos de embriaguez, han llegado á sustituir en muchas partes el uso del té al de los licores fuertes. Este cambio ha producido notables mejoras en la conduccion de los barcos y carruajes, en la construccion de caminos y de trabajos industriales de toda especie. Respecto á la influencia que esta sustitucion puede ejercer sobre las costumbres del pueblo, es demasiado evidente para que nosotros nos detengamos en demostrarla, con ejemplos que podríamos tomar de ese mismo pais que acabamos de citar.

X.

EN LA MUERTE

DE EL

SEÑOR D. BONIFACIO VELAZCO Y PANO.

Rompe la bruma el sol! puro y luciente
los orbes y los mundos ilumina,
y su perenne rotacion ardiente
busca en su eterno afán un nuevo oriente,
tras el ocaso en que su luz declina.

¡Sol fué tu génio! inmenso y sin segundo
ostentó su grandeza soberana,
rico de ciencia y de saber fecundo:
¡Ay! al cruzar los límites del mundo,
¿qué otro horizonte alumbrará mañana?

¡Oh! ya conoces el oscuro arcano
que existe tras la mísera existencia;
que aquí agotaste el saber humano
y tocas hoy con temblorosa mano
del mas allá la soberana ciencia.

Sí, sí; búscala allí! Grande y Divino
Dios calmará tu indefinible anhelo.
¡El génio en este mundo peregrino
halla estrecho y difícil su camino,
porque su digna patria está en el cielo!

Sí, sí; búscala allí! mas ¡ay! en tanto de los que aquí por siempre te perdimos, y entre inmensa amargura, y luto y llanto de tu noble amistad el dulce encanto ante una tumba deshacerse vimos.

¡Ay de la esposa que aterrada y muda te busca en vano con los ojos fijos!
y gime y lucha entre su pena ruda!
¡ay del alma tristísima y viuda!
¡ay de los pobres inocentes hijos!

¿Quién podrá mitigar su duelo impío?
¿quién amarles podrá cual les amastes?
¿quién calmará su amargo desvario
y llenará el anchísimo vacío
que entre nosotros al morir dejastes?

¡Nadie aquí! ¡solo Dios! su mano vierte
santos consuelos en el alma herida,
y en esperanzas el dolor convierte:
¡que el espíritu está sobre la muerte
y detrás de la muerte está la vida!

Enriqueta Lozano de Vilchez.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

María de Ossorio á su hermano Fabian

Ya sé que estás de vuelta, hermano mio, ya sé que estás de vuelta, y que has consagrado tus primeras horas á buscar á la pobre jóven que ha sabido inspirarte tu primero y castísimo amor.

Dios bendiga tus esfuerzos! Dios corone tus esperanzas! Oh! y así debe ser: tu serás feliz, yo confío en su bondad! tu serás feliz por que no has fijado tu ventura en un imposible, por que no has extendido tus miradas mas lejos de la senda que te marcaba tu deber!

Oh! sí, tú serás venturoso y no sufriras esas horribles tempestades del alma, que dejan tras sí la desolacion y la muerte!

Dichosos aquellos que saben poner un freno á sus sentimientos, y que al mirar que se desbordan, les dicen como Dios á las turbulentas olas del mar: al quebrarlas en un muro de arena: «De aquí no pasarás,» y desgraciados los que por ignorancia ó por descuido, y quizá por una loca confianza en si mismos, afrontan la tormenta y desafian la borrasca: ella les envolverá entre su furor, el uracan les arrastrará lejos del puerto en que pensaban escudarse, y les hará juguete de sus iras, y victima de su violencia!

No juzgues por mis palabras, hermano mio, que yo me quejo, que yo acuso al destino de las lágrimas que derramo, no: yo sé que he sido la única culpable de mi desgracia, y á nadie hago responsable de ella.

Hay sentimientos tan grandes, tan sagrados, que no debemos siquiera atrevernos á calificarlos, hay lazos tan inviolables, que una mirada que fijemos en ellos, nos hace culpables, nos mancha, nos acusa.

Yo, Fabian mio, apesar de todo mi buen deseo, á pesar de mi recta intencion, he faltado, he sido criminal: criminal, si, no lo dudes, ahora lo reconozco, ahora lo veo.

En medio de la profunda soledad de mi alma, en medio del aislamiento en que el destino me ha colocado hoy, he tenido tiempo de pensar, he tenido tiempo de meditar mucho, y á la brillante luz de la razon, he podido ver el abismo que habia abierto á mis pies y junto al cual he caminado serena y sin espanto alguno. Oh! ahora lo siento, ahora me estremezco, ahora me horroriza la caida, y bendigo á Dios que ha abierto mis ojos antes de que mi planta se torciese.

Por que todo ha terminado, todo ha concluido para mí; delirios y lágrimas, combates y victorias, heroismo y resignacion: todo! mi corazon es una tumba! una tumba sobre la cual ha caido una pesada losa, una losa que á manera de epitáfio tiene escrito dos palabras: *la razon, la verdad*, se llaman ambas, y ¿qué puedo esperar, si ellas me separan para siempre de lo pasado?

¡Oh! qué puedo esperar?

¿Y para qué lo pregunto?

¿Acaso mil veces, no me lo he repetido yó misma?

¿Qué puedo esperar? ¡Oh! todo, pero nada aquí! todo, elevando mi espíritu á Dios, á Dios que perdona, á Dios que vé nuestras debilidades, y las compadece, y las olvida. A Dios, que guarda para las almas afligidas y solas, tesoros de felicidades impalpables y desconocidos, y

tan altos, tan sobrehumanos, que nuestros sentidos no los perciben, por que son tan puros, tan abstractos, que solo el espíritu los comprende! tú sabes, hermano mio, en que bases se apoyan esas dichas, tú sabes que elementos las constituyen, y comprenderás muy bien mi deseo de buscarlas.

Y las hallaré, sí; el alma las presiente, el alma sabe donde se encuentran: ¡al pie de la cruz, sobre las gradas del altar!

¡Oh! pregunta al naufrago lo que siente al pisar el seguro puerto, pregunta al pobre pájaro perdido lo que experimenta al encontrarse en el caliente nido despues de una noche de tempestad, y sabrás lo que busco, sabrás lo que espero! en vano seria tratar de hacerme desistir de esta idea.

Dentro de quince dias parten Horacio y Amelia para el extranjero.

Dentro de quince dias tú estarás aquí, y podrás acompañarme hasta las puertas del convento de la Anunciacion, donde quiero tomar el velo.

Amelia ha tratado de vencer esta resolucion. El doctor.... ¡Oh! cuánto debo á ese noble anciano! el doctor me ha dado una prueba de cariño y respeto, ha querido partir su nombre y su fortuna conmigo.

—V. es un ángel, me ha dicho, venga V. á formar de mi morada un cielo! pobre flor combatida por el huracan, pero siempre pura, siempre casta y hermosa, V. puede perfumar los últimos dias de mi ancianidad!

¡Oh! María, yo no la pediré á V. amor; soy demasiado viejo para esperarlo! pero V. no tiene padre y puede consagrarme el afecto de una hija! Yo no he amado nunca, y cifraré en V. todas las ilusiones, todas las esperanzas de mi ancianidad, mirando en sus ojos el postrer rayo de sol que preste calor á mi alma.» Oh! el sabio anciano ha empleado toda la elocuencia, todo el afán que una pasión pura y nueva para él podia inspirarle.

Yo no he aceptado su oferta.

¿Qué le podia yo dar en pago de tanto afecto? un corazón marchito y desierto, un alma desgarrada! no, ese noble anciano merecia mucho mas.

Tambien, Fabian, tambien su afecto profundo y puro y desinteresado podia darme algunos dias de felicidad, y yo... no me reconvengas, no censures mi resolucion; no la quiero, no debo aceptarla, por que quiero espiar el pasado! quiero que solo Dios llene este corazón, en donde, aun que involuntario, se ha podido albergar un sentimiento culpable. El cielo, sin embargo, va á

concederme una felicidad que yo no esperaba, y la cual no me atrevo á reusar.

Amelia me confia su hija:

Durante el año de mi noviciado, permanecerá conmigo en el convento; entretanto sus padres, harán un largo viaje que les ayude á olvidar, y cuando vuelvan... ¡serán padrinos de mis bodas eternas, serán padrinos de mis bodas con Dios! sicomo dice Amelia, aun persisto en mi resolucion.

Tú sabes que esta es irrevocable, tú sabes que no debo retroceder!

Solo quisiera, Fabian mio, que estuvieras á mi lado el dia que deje el mundo para siempre.

Tú solo podrás comprender lo justo de mi resolucion, y si ves que una lágrima resbala por mis mejillas, al estrecharme en tus brazos por vez postrera, podrás ofrecerla conmigo á los pies del altar, diciendo al mirarla correr por mi rostro, «Señor, que esa gota de llanto purifique su alma, que selle su redencion despues de tan largo calvario.»

Adios, Fabian mio, adios; si puedes venir antes que terminen estos quince dias, darás toda la dicha que aun puede gozar en la tierra á tú pobre hermana,

MARÍA.

(Continuad)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

ISABEL.

(CONTINUACION.)

La noble firmeza de esta jóven, una especie de orgullo divino, que la hacia brillar en sus ojos al pensamiento de humillarse por sus padres, daban á todo lo que decia una fuerza y autoridad tal, que convenció á Spinger: no tuvo fuerza para impedir á su hija hiciese brillar tantas virtudes; se hubiera creido culpable si la hubiera obligado á que se sepultasen en un desierto. «Oh! Fedora, exclamó estrechando las manos de su esposa, ¿la dejaremos morir aquí? ¿la privaremos de la felicidad de tener hijos que se le parezcan?»

Animate, amada mia; y puesto que no existe otro medio de volver á ese mundo, cuyo ornamento será ella, permitámosla que parta. En aquel momento, el padre venció á la esposa, y

por la primera vez de su vida Fedora luchó contra la mas santa de las autoridades. No; no la dejare partir; en vano lo pides, esposo; resistire á tu autoridad.

¡Qué! ¿respondre la vida de mi hija? ¿Dejaré partir á mi Isabel para saber un dia que ha perecido de hambre y de frio en esos espantosos desiertos, para vivir sin ella, para llorarla siempre? ¡Esto es lo que se atreven á exigir de una madre! ¡Oh, Estanislao! debias tú enseñarme que existe un sacrificio que no puedo hacer por tí, y un dolor del que jamás me consolarias! Al hablar así, no lloraba, estaba como en una especie de delirio.

Spinger con el corazon destrozado de pena, exclamó:

—Hija mia, si tu madre no consiente, no partirás.

—Madre mia, si tu lo mandas no partiré, la dijo Isabel, haciéndola las caricias mas tiernas; te obedeceré siempre. Pero quizá Dios obtendrá de tí lo que has rehusado á mi padre; ven rogúemosle juntas, y pidamos que nos ilumine acerca de lo que debemos hacer: El es la luz que guia, la fuerza que sostiene: de Él emana toda resignacion y toda verdad tambien. Al rogar Fedora, lloró.

La piedad que calma y dulcifica los males, y no se apodera del corazon sino por sustituir al demostrar esta piedad divina que no prescribe nunca un deber sin mostrar la recompensa; esa voz de Dios, tan poderosa para las almas buenas y tiernas, llegó hasta Fedora. En los caracteres nobles y altivos que no hacen consistir la felicidad en la gloria, la estimacion de los hombres puede obtener el sacrificio de las mas caras afeciones; pero la religion solo puede obtener lo que quiere del corazon que hacen consistir la felicidad en el amor.

A la mañana siguiente, cuando Spinger estuvo solo con su hija, la refirió sus infortunios, la hizo sabedora de las guerras funestas que habian assolado la Polonia; y cómo este desgraciado reino quedó borrado de la lista de los imperios.

—Mi único crimen, hija mia, es haber amado demasiado á mi patria, y no haber podido sufrir su esclavitud.

Sus mas grandes monarcas eran de mi sangre; podia ser llamado al trono, pero debia mi amor y mi vida al pais del que procedió toda mi gloria: le he servido como debia; solo á la cabeza de un puñado de nobles poloneses le defendí hasta el último momento contra tres grandes potencias que se disponian á invadirla; y cuando anonadado, bajo el peso de mis enemigos, bajo

los muros de Varsovia, á la vista de esa vasta capital, entregándola á las llamas y al pillaje, fué necesario ceder y someterse á la tiranía, en el fondo de mi corazon resistia todavia. Humillado al encontrarme en mi patria, y ver que carecia de vida y nacionalidad, buscaba armas, aliados que me ayudasen á devolverla su existencia y su nombre. ¡Vanos esfuerzos, tentativas inútiles! Cada dia redoblábanse las cadenas de mi patria, y mis débiles manos no podian romperlas.

Las tierras de mis abuelos habian tocado en suerte á la Rusia; vivia con Fedora, feliz mil veces, si el yugo del extranjero no hubiese pesado mas que sobre mi frente.

Mis quejas poco prudentes, y especialmente los numerosos descontentos que se reunian en mi casa, inquietaron á un monarca absoluto y suspicaz.

Una mañana me arrancaron de mi casa, de los brazos de mi muger y de mi hija; no tenias mas que cuatro años de edad, y tus lágrimas corrieron, no por nuestra desgracia, sino porque veias llorar á tu madre. Me llevaron á las carcelles de San Petersburgo.

Me siguió Fedora á ellas; y la sola gracia que obtuvo fue encerrarse conmigo. Viviendo próximamente un año encerrados en aquellos espantosos calabozos, privados de aire y casi de luz, pero no de esperanzas, podia creer que un monarca justo perdonase á un ciudadano por haber defendido los derechos de su patria, y creí que se fiaria de la promesa que hiciésemos de permanecer sumiso; no habia juzgado bien á los hombres: se me sentenció sin haberme oído, y fui enviado á la Siberia por toda mi vida. No me abandonó mi fiel compañera; y puedo decir que al acompañarme aquí escuchó mas á su corazon que á su deber: si se me hubiese enviado al helado y tenebroso Beresof, ó á las vastas soledades del lago Baikal ó del Kamienalka, jamás me hubiera encontrado solo; no hay en la tierra desierto ni centro tan salvaje al que no me hubiese seguido Fedora; si, quiero creerlo: á sus generosas virtudes, es á lo que debo un destierro mas humano.

¡Oh! hija mia; si he experimentado en mi vida algunos momentos felices, á tu madre se los debo, y de la tristeza y amargura de la suya solo á mí se me debe acusar.

—Nada de eso ha sentido, padre mio, amándola siempre como tú la has amado. Al pronunciar estas palabras, reconoció Spinger el corazon de Fedora, y vio que como su madre seria tambien feliz en el desierto con un esposo.

—Hija mia, respondió dándole la carta del joven

Smolof que tenia guardada desde la víspera; si debo un dia á tu celo y á tu valor bienes que no quiero sino para tí, en el seno de la prosperidad esta carta te recordará nuestros bienhechores: tu corazon debe ser agradecido, y la alianza de la virtud puede honrar la sangre de los reyes. Ruborizóse la jóven, y cogió la carta de manos de sus padres, púsola sobre su corazon diciendo:

—El recuerdo del que ha llorado contigo, del que te ha amado, del que te ha servido, no saldrá jamás de aquí.

Por espacio de algunos dias no se habló del viage de Isabel, su madre no habia consentido todavia; pero en la tristeza de sus miradas, en el profundo abatimiento de su semblante se conocia que el consentimiento estaba ya en el fondo de su corazon, en el que la esperanza habia concluido.

Quizás no hubiese tenido nunca valor para decir á su hija: «puedes partir,» si el cielo no se le hubiese dado.

Un domingo por la tarde, estando rezando la familia, oyeron á un hombre que llamaba á la puerta con un baston.

Spinger abrió al instante; Fedora exclamó:

—¡Ay Dios mio, Dios mio! Hé aquí el que me nos anunció, el que viene á llevarse á mi pobre hija.

Ocultó su rostro anegado en llanto sin que su piedad la diera valor para poder salir al encuentro del ministro de Dios.

Entró el misionero; una espesa y blanca barba caía sobre su pecho: su aspecto era respetable, encorvado mas por las fatigas que por los años: las pruebas por las que ha pasado han destruido su cuerpo, pero fortificado su alma: sus miradas demostraban tristeza, como las del hombre que ha sufrido mucho, y dulces como las del que está seguro de no haber sufrido en vano.

—Caballero, dijo, entro en vuestra casa con placer: Dios ha bendecido esta pobre cabaña, la que sé que encierra riquezas mas preciosas que las perlas y el oro: vengo á pedir os hospitalidad por una noche.

Apresuróse Isabel á ofrecerle una silla.

—Jóven, la dijo, os habeis apresurado mucho á entrar en el camino de la virtud, y desde los primeros pasos que habeis dado, nos habeis dejado muy atrás.

Iba á sentarse cuando oyó los sollozos de Fedora.

—Madre cristiana, la dijo, por que llorais? ¿No está bendecido el fruto de vuestras entrañas? ¿No podeis llamaros dichosa entre todas las mujeres? Derramais lágrimas porque la virtud os

separa de vuestra hija por poco tiempo: ¿qué harán las que se ven arrancar las suyas por el vicio, y que las pierden por toda una eternidad?

—¡Oh padre mio! y si no la vuelvo á ver mas! exclamó la desconsolada madre.

—La volveréis á ver, replicó vivamente, en el cielo que es ya su herencia, pero tambien en la tierra: grandes son los trabajos; pero Dios la sostendrá; *las pruebas son segun las fuerzas de la criatura.*

Fedora inclinó la cabeza con resignacion; Spinger no habia hablado todavia; no podia hacerlo; su corazon estaba desgarrado; Isabel misma que hasta entonces no habia sentido disminuirse su valor, tuvo un momento de vacilacion. La esperanza de ser útil á sus padres, la habia ocultado el dolor que era separarse de ellos: pero cuando el momento se aproximaba; cuando podia decir:

—Mañana no oiré la voz de mi padre, no recibiré las caricias de mi madre, y quizás pasará un año antes que los vuelva á ver. Entonces le parecia que todo se abismaba delante de ella; nubláronse sus ojos, sus rodillas se doblaron, y cayó llorando en los brazos de su padre. ¡Ah! tímida huérfana, si ya tiendes los brazos á tu protector, y si desde los primeros pasos te inclinas hácia la tierra como una tierna vid sin apoyo, ¿donde encontrarás fuerzas para atravesar casi sola la mitad del mundo?

Antes de acostarse cenó con la familia: la hospitalidad mas franca presidia en ella; pero la alegría estaba desterrada, y solo con esfuerzo retenia cada uno las lágrimas próximas á saltarse. Mirábalos el buen religioso con una tierna compasion; muchas aflicciones habia visto en el curso de sus viajes, y el arte de dulcificarlas habia sido el principal estudio de su vida: tenia consuelos para todas las desgracias; para cada situacion y cada carácter tenia palabras que eran las únicas para tales casos. Algunas veces no impedia llorar; pero las lágrimas que se derramaban por un dolor personal, sabia, presentando la imágen de un infortunio mayor, hacerlas derramar por los infortunios de otros, y por medio de la piedad suavizaba el pesar de la desgracia.

(Continuará.)

M. C.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

El peligro en que veía á su padre, su imposibilidad del salvarlo, la situación que le rodeaba, su soledad, su abandono, habia producido en ella un trastorno tan doloroso, que su salud no habia sido bastante fuerte para resistir.

¡Oh! yo no sé si alguno de vosotros, amigos míos, se habrá visto en una de esas situaciones de la vida, tan dolorosas, que el corazón se estremece á su solo recuerdo.

Ver morir lentamente á una persona querida, saber que pudiera salvarse, que con algunas monedas de oro podríamos devolverla la salud, la esperanza, la vida, y carecer de ellas, y mirar que cada día se empeora, que cada momento que pasa se lleva una esperanza, una parte de sus fuerzas, y no poder detener el tiempo, no poder sujetar la enfermedad... ¡Oh! esto hace comprender la desesperación, esto hace comprender la locura.

Y esto pasaba por Valentina, por aquella pobre niña, tan débil como infortunada.

El doctor recetó y se despidió despues, rogando á Valentina como el día anterior, que le oyese en secreto.

Ella obedeció, y cuando ya el baron no podia oírles,

—Señorita, la dijo, quisiera pedir á V. un favor.

—Hable V. caballero, murmuró la niña tristemente.

—Yo tengo una hija, una hija, cuya madre ha muerto hace algunos años, y á quien por razones de familia nadie conoció como esposa mia.

La jóven fijando una mirada interrogadora en el doctor guardó silencio, esperando escuchar hasta el fin.

—Esa niña, á quien aun no he presentado como hija mia, vive con su nodriza en un completo retiro, hasta que su educación esté perfeccionada. He buscado inútilmente una maestra de música y francés para ella, y yo quisiera...

Valentina empezó á comprender pero aun no se atrevía á hablar.

—Me han dicho que V. es una admirable profesora, y si quisiera...

—Con toda mi alma, exclamó la jóven llorando, y engañada por aquella piadosa supercheria, con toda mi alma, ¿no será así útil á mi pobre padre? Oh! gracias, caballero, gracias por semejante favor.

El doctor fijó un precio exajerado á las lecciones de la jóven, y quedó convenido en que desde el día siguiente, ésta iria todas las mañanas á dar su cotidiana lección, pero antes de despedirse Valentina dijo timidamente.

—Perdone V. caballero, si le impongo una sola condición.

—Hable V.

—Mi padre no siempre ha sido tan pobre: pertenece á una noble familia, y... el orgullo, ó mejor dicho, la altivez de su antigua clase, el recuerdo de su noble sangre aun viven y existen en él.

—¿Y bien? preguntó el doctor nuevamente.

—¡Oh! es una debilidad que debemos perdonar á su an-

ciudad, y á las preocupaciones de su educación, pero si supiese que su hija, que una descendiente de sus mayores se veía obligada á dar lecciones para él, yo sé que sufriría mucho, yo sé que padecería, aun que sin quejarse ni murmurar.

—Y V. quiere...

—Evitar á mi padre ese pesar, sea esto pues, un secreto entre nosotros dos.

—Pero V. podrá?

—Mi padre se levanta tarde, su falta de vista, que le hace inútil para toda ocupación, le detiene en su cama las horas de la mañana, y en ellas puedo yo salir sin que note mi ausencia.

—Y él no sabrá?...

—No, no; ¡pobre padre mío! yo debo respetar hasta sus mismos defectos. y así lo haré.

El médico enterneado de aquel amor filial tan profundo y tan previsor, miró á la niña con admiración, y despues de darle las señas de la casa á donde debía ir desde la mañana siguiente, se despidió de ella, dejando sobre la mesa algunas monedas de oro envueltas en un papel: aquel era el precio de las lecciones de un mes, aquel era el medio de proporcionar al anciano baron algunas comodidades, algun bienestar, y algunas fuerzas sin duda.

Desde el día siguiente, pues, Valentina se levantó muy temprano y salió de su casa, consagrando tres horas diarias á la hija del doctor.

Esta era una niña buena y dulce, pero delicada en extremo.

Valentina sintió por ella desde el primer momento, el mas cariñoso afecto, y bendijo á Dios, pues la habia ofrecido un consuelo para su desgracia.

Efectivamente, el baron pudo recibir cuidados mas positivos desde entonces, y la noble joven, empleando una estricta economía, y un esmero singular, consagrando al anciano todo el fruto de su trabajo, sin reservar nada para sí, pudo concebir esperanzas risueñas sobre la salud de aquel padre tan tiernamente amado y respetado tan profundamente.

Y la amante hija, tan acostumbrada á los reveses de la suerte, tan poco alhagada por la fortuna, y tan escenta de todos los goces, de todas las dichas que ofrece el mundo y la juventud, se creyó dichosa con la pequeña parte de alegría que podia comprar para el anciano autor de sus días, á fuerza de trabajo y á fuerza de disimulo y de constancia.

Tambien la pobre niña tenia que emplear mil piadosas mentiras para que su padre no supiese nunca que aquel corto desahogo era debido al precio de sus lecciones. El noble anciano hubiera sufrido mucho si hubiese llegado á saber que Valentina se ejercitaba en un trabajo asalariado.

La salud del baron se restablecía lentamente, pero al fin encontraba algun alivio. Su inercia no era tanta, no era tanto su decaimiento.

Un rayo de sol puro y tranquilo pareció resbalar en la frente de Valentina, mucho mas que Federico, enamorado y resuelto á llamarla su esposa, la habia declarado su amor, y recto y digno hasta el extremo, habia pedido al anciano su venia para santificar aquellos amores.

CONTINUARÁ.

Enriqueta Lozano de Viichez,

Granada: Imprenta de La Madre de Familia.

Ayuntamiento de Madrid